



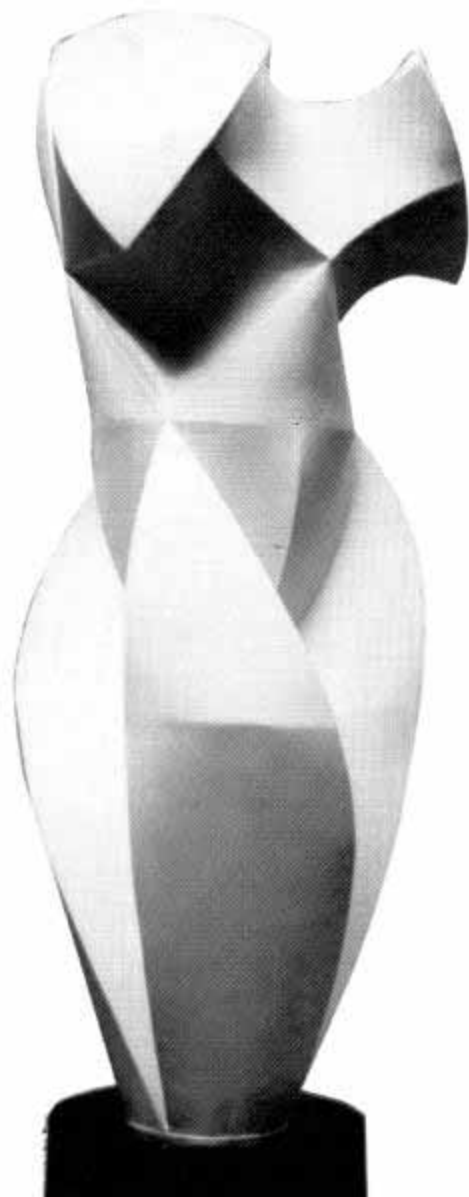
# *Bella:* una película que es a nuestra imagen y nuestro cine lo que es el Taco Bell a la cocina mexicana

## MARTHA BÁTIZ ZUK

Aprovechando que esta semana tuve la oportunidad de ir a ver *La misma luna*, película que estelarizan Kate del Castillo y Eugenio Derbez, y que está muy bien hecha y mejor actuada, pensé que podría continuar disfrutando del talento mexicano en la pantalla grande en Canadá, y recién salí de padecer *Bella*, protagonizada por Eduardo Verástegui y dirigida por Alejandro González Monteverde.

Nota al amable lector: si usted piensa ir a ver *Bella*, entonces lea esta crítica hasta que yo le indique en dónde detenerse, porque para apoyar mi mala opinión sobre la trama, tendré que revelar detalles de la historia. Pero para aquellos que valoran su tiempo y su dinero y no les gusta ir a ver mal cine, espero que mis palabras puedan ahorrarles el fiasco y elijan ver otra cosa, o al menos esperarse hasta que *Bella* salga en DVD y puedan rentarla.

*Bella* se narra, al comienzo, con escenas que cuesta conectar unas con otras: es como ir armando un rompecabezas con la trama, sin saber bien a bien qué pasa. Esto, dentro de un guión inteligentemente escrito y dirigido, puede ser muy interesante. En *Bella*, sin embargo, no funciona. ¿Por qué? Porque



toda la trama está escrita, dirigida y actuada como si fuera telenovela en pantallota, y cuando las telenovelas quieren ser inteligentes, casi siempre fallan. Ah, eso sí, Bella no es como cualquier telenovela: es como una de Telemundo antes de que entrara Adriana Barraza a neutralizar los acentos de los actores. El personaje de Eduardo Verástegui es hijo de una mexicana (Angélica Aragón) y un puertorriqueño, y supuestamente creció en Estados Unidos, pero en vez de tener acento mixto con toque chicano (y no lo digo peyorativamente, sino porque quien es hispano y crece en Estados Unidos, siempre tiene un acento muy particular), habla como todos los mexicanos que nacimos y crecimos en nuestro país, mientras que el personaje que la hace de su hermano mayor sí tiene el acento mixto (porque el actor que lo encarna sí es un hispano criado en Estados Unidos), y el hermano menor habla como si se acabara de bajar de la balsa proveniente de La Habana. Pero por favor que nadie dude que constituyen una familia feliz y muy unida que, como todos los hispanos que vivimos en tierras angloparlantes, baila salsa antes de la cena, y tiene a su propia criada haciendo tortillas fresquitas en la cocina. Y da igual, porque como es una película para extranjeros, y para ellos todo hispano es la misma cosa con tal de que sea moreno, me imagino que nadie pensó que esto podía representar no sólo un problema de credibilidad, sino de acrecentamiento del cliché latino.

José, el personaje de Verástegui era jugador de soccer, y en una de las primeras escenas va manejando un auto muy lujoso, rumbo a una entrevista de prensa, para anunciar un contrato millonario. “Ya se acabó la pobreza,” le dice a su representante, y uno luego se pregunta de qué pobreza hablaba el personaje, si la que se supone es la casa de sus padres está a dos cuadras de la playa a corta distancia de Man-

hattan, y hasta tienen sirvienta que les hace las tortillitas frescas para la cena y les sirve el agua de jamaica en la mesa. Las incongruencias caen una tras otra en efecto dominó a lo largo de la película entera. Se da a entender que algo pasó que le cambió la vida por completo a José, porque se convierte en un hombre taciturno, que se la pasa mirando niñitas con ojos de borrego a medio morir, y adopta un look totalmente neandertal, que yo me pregunto si fue planeado a propósito por Verástegui, que quizá quiso desviar la atención de su atractivo físico y enfocarla en su talento y actuación (como Brad Pitt en *Doce Monos*). De jugador estrella de fútbol, termina de chef principal en el restaurante de su hermano el chicano, que siempre despide a sus empleados y tiene un genio de los mil diablos, pero ese día despide a una mesera con la que José apenas había cruzado palabra, y él, por alguna razón, decide botar el trabajo y dejar a su hermano colgado a la hora pico del restaurante, cuando todo depende de él, y seguir a la chica para conocerla mejor y “salvarla.” Ahora sí, querido lector, si no quiere saber cómo sigue la trama, deje de leer (y que disfrute su ida al cine, como no la disfruté yo). ¿Salvarla de qué? Bueno, resulta que está embarazada, y piensa abortar. Y entonces se sabe que José dejó de jugar soccer porque atropelló a una niñita y la mató (ésta es posiblemente la mejor escena de la película), y trae una culpa espantosa (por eso ve a las criaturitas con ojos de borrego, no porque sea pederasta, aunque uno al comienzo no sabe). El hermano mayor de José (el chicano, el enojón del restaurante) es adoptado, entonces él está a favor de la adopción. ¿Y cómo se sabe que el hermano mayor es adoptado? Porque en la cena familiar, a la que asisten la nueva noviecita del hermano menor de José, y la mesera rescatada, es lo primerito que menciona la mamá. Muy normal, ¿no? El tipo de cosas que platica todo prospecto de futura



Del Prado

suegra frente a dos perfectas desconocidas que han llegado a casa con sus hijos. Ah, pero me faltó decir que, antes de eso, la mesera rescatada hace lo que toda invitada a la casa de los padres del ex jefe que la acaba de despedir de su trabajo: darse un baño de tina con burbujas. Así, llorando y todo, mientras todos afuera discuten sobre su futuro y ella escucha. ¿No dije que era como de telenovela?

La última escena es la mejor: José está jugando con una chiquilla encantadora, mostrándole el mar y una caracola como si fuera la primera vez (¿pero qué no su familia vive a dos cuadras de la playa? Entonces no es la primera vez en la vida que la nena ve un caracol de mar, supondría uno). El aspecto de José no ha cambiado: sigue sin bañarse ni vestirse (aunque al menos se cambió de ropa). En fin, que en taxi llega la mesera rescatada, y al ver a la chiquita llora de felicidad. “¿Sabes quién soy?”, y la peque responde “sí, eres mi mamá,” después de lo cual hay más llanto y la mesera saca un oso viejo de su bolsa y se lo da, diciéndole que fue el último regalo que le dio su padre

antes de morir (qué lindo detalle, ¿no? La escuincla no ha visto a su madre antes, y lo primero que recibe es un recuerdo de su abuelo muerto. ¿No podía la mamá llevarle una Barbie, o al menos algo nuevo aunque fuera del Dollar Store?). Y se van todos felices a jugar a la arena, con lo cual uno intuye que claro, José adoptó a la chiquilla, mientras la mamá se fue a resolver sus problemas existenciales, y ahora tal vez ya serán una familia feliz. Tan-tán. The end. No es broma. Y todo esto mezclado con escenas en el restaurante con coloridos platillos mexicanos Como agua para chocolate marcó una moda que por lo visto no termina), música que los hispanos en el extranjero escuchamos a diario, como Cucurrucú Paloma, y una serie interminable de clichés.

En mi opinión, Bella es el Taco Bell del cine. Pretende ser hispano, pero en realidad es otra cosa que no se puede definir, más que adjetivándolo como indigestible y de mala calidad. Es a nuestra identidad lo que los tacos con queso cheddar, pues. Y es una lástima, porque con los fondos que ha conseguido para producción y difusión, uno hubiera esperado mucho más. ■